

TERCER OJO — Relato de Felipe Colorado Lobo

La enjuta mano señalaba hacia arriba. Los dedos comenzaron a temblar y se crisparon en un puño. La mano empezó a caer, exangüe, frente a un difuminado fondo bermellón. Desperté desorientado. Las alarmas destellaban en todos los tonos del color rojo.

—Este lugar es uno de los más peligrosos que existe —se creyó Ruth en la obligación de informarme, tras mi breve cabezada.

Podía ser una frase para su relajación propia. La sonrisa burlona parecía indicar que estaba destinada a medir mi temple. Creí asimismo captar una ambigua mueca en el rostro de Stern.

—La magnetosfera de Júpiter es aún más letal que cruzar los anillos de Saturno —prosiguió ella—. La radiación es una asesina invisible —afirmó.

Las consolas holográficas exhibían un espectáculo estremecedor a medida que el planeta gigante ocupaba el encuadre y la Gran Mancha Roja se posaba en nosotros cual pupila de carroñero.

Cada vez me costaba más mantener la reserva y la cara de póker. Nos aproximábamos a nuestro objetivo: la gruta de los mil dioses, en Europa, una de las lunas heladas de Júpiter. De los cuatro ocupantes del carguero *Erebus*, yo era el único no delincuente. Este hecho debí ocultarlo al líder de la expedición; Erik, el ladrón de guante blanco, el mayor expoliador de tesoros artísticos del sistema. Mi jefe opinaba que, puestos a delinquir, se debía hacer con los mejores.

Yo estaba dispuesto a arriesgarlo todo por mi maestro y mentor, a pesar de mi opinión contraria a esta locura, de mi convencimiento en el fracaso, que añadiría una última amargura a su inevitable agonía.

—¿Qué cantidad de oro tiene el disco? —se interesó Ruth.

Sus bellos ojos me ponían muy nervioso. Nunca se me habían dado bien las mujeres y ella intentaba romper mis defensas y sonsacarme información.

—Está compuesto esencialmente de cobre —contesté.

—¿Tu representado va a pagar tanto por treinta centímetros de cobre bañado en oro?

—Es un coleccionista. No le importa el valor físico sino el histórico —mentí.

Stern conectó el audio tras intercambiar una mirada con Erik. A través de los altavoces virtuales se pudo escuchar el inquietante canto de la radiación convertida en sonido. Ni las sirenas homéricas eran capaces de componer una melodía tan hermosa y terrible. Por fortuna, toneladas de agua y centímetros de blindaje nos rodeaban y protegían en el corazón del *Erebus*.

Estás aterrizando en las entrañas heladas de Europa. A punto de cruzar el Rubicón. Ya eres un delincuente, pronto serás un ladrón; como ellos. El *Erebus* te conduce inexorable al lado oscuro de tu destino. Estás aquí, mientras, el hombre que ha sido como el padre que nunca tuviste se apaga cual enana blanca. Puede que no vuelvas a verle con vida. Estás aquí con su bendición, por la posibilidad de entregarle lo que él considera el mejor regalo, para intentar devolverle una fracción de todo lo que él te ha dado.

—Será mejor que te quedes en el hangar —me dijo Erik.

La imagen de un hombre desfalleciendo en una cama de hospital espoleó mi mente y me infundió el valor necesario para replicar con fingido aplomo:

—Os acompañaré.

Esperaba que Erik objetase que yo sería un estorbo. No dijo nada. Sus labios se contrajeron como en una sorda lucha entre el ardor de la juventud y la templanza de una madurez crepuscular. Suspiré mentalmente. Temía que esos granujas me diesen el cambiazo.

—En ese caso que queden bien claras mis indicaciones:

“El dinero de tu cliente ha comprado los códigos de acceso a una parte de la zona budista. El único *biobot* que nos permitirá acercarnos a los dioses es el de la sala del Buda gigante Sakyamuni. Que nadie se separe del grupo, se retrase o explore por su cuenta”

—¿Te ha quedado claro, novato? —preguntó Ruth con expresión canallesca.

Otro gesto de Erik a Stern hizo que éste se colocase discretamente tras de mí; el jefe no estaba dispuesto a que me desmandase. Eso fue un halago en realidad, pues presuponía que yo era de su calaña y podría tentarme robar cualquier pieza de valor.

Ya estás metido en harina. El recorrido se desarrolla como una visita convencional salvo sin más luz que la de nuestras lámparas frontales y sin otros visitantes, claro. Los robots vigilantes han sido reprogramados para creer que somos devotos peregrinos. A pesar de lo cual te sientes excitado y las pulsaciones de tu sangre en las sienas parecen resonar en las enormes grutas. El Buda Sakyamuni se yergue majestuoso, acariciado por nuestros conos de luz. Cuarenta metros registra el telémetro. Compruebas extasiado que las imágenes no le hacían justicia. Te sobrecoges ante esa mole de hielo cincelada por decenas de manos piadosas y maestras. La perspectiva en contrapicado hace reverberar tu insignificancia en las paredes heladas.

—¡Podían haberle colocado el disco en una uña del pie! —se quejó Stern, un hombre práctico y poco impresionable.

Cuando se recuperó la sonda Voyager después de cuatro siglos de periplo espacial, el disco de cobre y oro con imágenes, sonidos e información científica, destinado a una posible civilización extraterrestre, fue donado al templo de Nueva Bruselas para adornar la gélida frente de Buda. El *mensaje en la botella*, arrojado al océano cósmico, se convirtió en el tercer ojo, el rutilante símbolo de la iluminación.

—¿Si caigo te seguiré gustando? —inquirió Ruth mientras me acariciaba una mejilla.

—Mejor no caigas —acerté a contestar, luchando contra el rubor.

—¿Es cierto que dentro del disco se guardan los pensamientos de una mujer enamorada?

—Eso cuenta la leyenda.

Observando la taimada sonrisa del veterano Erik con mi visión periférica, intuí que entre ellos podía existir parentesco.

Los *biobots* vigilantes, de estilizadas formas arácnidas, les siguieron en su escalada. El acceso a la cabeza de Buda debía realizarse a través de una pared y el techo, mediante anclajes portátiles cuyas perforaciones serían disimuladas a posteriori. El disco del *Voyager* sería sustituido por una réplica exacta. Si todo salía bien y nadie se iba de la lengua nunca se conocería el expolio.

Los movimientos de Ruth y Stern estaban cargados de la precisión del acróbata y la plasticidad de la danza. Escalaban a buen ritmo y sin esfuerzo visible la vítrea pared de hielo azul celeste.

El tramo más complejo resultaba sin duda la travesía del techo. Ruth avanzaba desplegando su fascinante coreografía, clavando sus herramientas en el hielo, introduciendo las esbeltas piernas por dentro de los brazos para descansar y colocando seguros intermedios que en caso de fallo harían que se estrellase contra la pared.

Quizás la juzgas con demasiada dureza. No sabes nada de ella. ¿Es posible que su interés por ti sea real? No. Tú no atraes a ese tipo de mujeres. El hecho de verla tan frágil y desvalida a esa enorme altura no cambia sus defectos morales. Ella ha elegido esta peligrosa vida al margen de la sociedad y la ley. ¿Y tú? ¿Eres mejor que ellos aquí y ahora?

Nadie podía negar la profesionalidad del equipo. Erik seguía las evoluciones de su gente con mudos asentimientos y un extraño brillo en los ojos. De ser cierta mi teoría del parentesco, sin duda estaba sufriendo por Ruth.

Al llegar a la vertical, Stern comenzó a liberar la cuerda de seda de araña para descender a Ruth sobre el cráneo de Buda. Allí, ella colocó otro anclaje y rapeló hasta la frente, arrancando con cierta dificultad el disco y sustituyéndolo por su imitación.

Erik se ha olvidado de respirar. Lo sabes porque a ti te ha sucedido lo mismo. No puedes dejar de pensar en ella. Te estás jugando la libertad por el sueño de un moribundo y tú no puedes parar de pensar en ella. Eres patético.

Cuando Stern recuperó a la chica mediante un mecanismo de diminutas poleas y trinquetes, me dirigí a Erik para relajar la tensión:

—Es extraño que se haya podido sobornar a los programadores de robots —valoré.

—Te equivocas. Consigo más piezas por compra que por robo.

La respuesta me sorprendió. Puede que una operación de esa envergadura no resultase tan habitual para Erik, de ahí toda esa contenida excitación.

Los robots arácnidos parecían nerviosos, yendo y viniendo por la sala mientras los escaladores desandaban su recorrido aéreo, borrando las cicatrices de la pared por el prosaico método de inyectar agua en las perforaciones de los anclajes.

El cambio se había producido sin contratiempos dentro de los márgenes de seguridad estipulados por Erik.

Conseguido el disco, el regreso al hangar se me antojó mágico. Liberado de la tensión previa, pude disfrutar del virtuosismo de los artistas anónimos que habían materializado su fe en extraordinarias imágenes policromadas, sobrenaturales bajorrelieves y colosales budas de hipnótica sonrisa.

Sabes que esto es más que un robo, es un sacrilegio. Aunque no compartas este credo, sabes en lo más profundo de tu ser que esto es una ignominia. Aunque nadie lo descubra jamás, el Buda lo sabrá...y tú también.

Los helados *Nagas* guardianes comenzaron a resultarme amenazadores y las deidades mutaron su luminosa sonrisa en un rictus de reproche y amenaza.

Apenas quedaba medio kilómetro para el hangar. Menos de una hora para partir a salvo con el botín. Erik exhibía un aplomo que antes se percibía como impostado. Nadie podía prever lo que aconteció. Todos pasamos por aquella zona del pasillo de acceso sin percances. Puede que eso fuese lo que helase nuestra huella en ausencia de climatización, situando a Stern sobre una zona resbaladiza.

—¡Erik! ¡Me estoy pirando!

—¡No te muevas!

Lo ves a cámara lenta. Se desliza de forma inevitable hacia la zona protegida. Sabes lo que pasará si se quebranta el perímetro de seguridad. Dejaríais de ser para ellos visitantes. Pasaríais a ser intrusos.

—¡Tírate al suelo! —ordenó Erik.

Stern se lanzó con agilidad felina. Casi lo consiguió. La punta de una bota cruzó la virtual frontera.

Neutralizar y reducir. Proteger y detener. Las instrucciones de un *biobot* deben ser muy sencillas, pero es capaz de dejarse el ADN en ellas. Siempre has odiado a las arañas. No eres un fóbico, aunque sabes bien que no existe ser vivo que te produzca más aversión. Y estas exhiben sus afilados quelíceros como las auténticas.

“Todas las arañas son venenosas y toda rosa debe tener espinas”. Te viene a la mente la frase de tu tío. Él opinaba que las manipulaciones genéticas iban contra natura. Siempre consideraste sus afirmaciones exageradas y apocalípticas. El tiempo y un cincuenta por ciento de intolerancias alimentarias y polialergias de todo tipo parecieron darle la razón.

El maldito engendro ciberbiológico se alzó sobre sus patas traseras, enfocó sus cámaras como malignos ojos y disparó dos plateados hilos acabados en agudas puntas hacia mí. Ruth me apartó de un empujón y recibí en el pecho una descarga de neurotoxina.

Sujetas su cuerpo mientras cae, arrancando los cables del pectoral perforado de su traje. Ves como Stern amartilla desde el suelo un arma de contención y derriba al guardián de un certero impacto.

Erik demostró una capacidad de reacción inusual para su edad. Extrajo un arma oculta, se arrojó al suelo y alcanzó desde allí a sendos robots que pretendían cerrarnos el paso.

Sabes que algo malo pasa. Ella no respira. Ves cómo sus labios comienzan a teñirse de un ominoso tono azulado. La desesperación se apodera de ti. Sientes que todo da vueltas.

— ¡Stern, cubre la retaguardia! ¡Tú, arrástrala del asidero de la mochila! ¡Rápido!

En la gravedad de Europa no tuve problemas para tirar de Ruth por la lisa superficie.

Escuchas un grito de Stern. Dos de las arañas le tiran al suelo y posan sus asquerosas patas de queratina y titanio sobre él. El fondo de benevolentes deidades te resulta dolorosamente anacrónico. Te olvidas de Ruth, del disco y comienzas a sentir miedo por ti, por tu integridad y tu libertad. Giras la cabeza. Erik ha desaparecido. Se marchará con la nave, os abandonará a vuestra suerte. Ruth no significa nada para él. ¿Esperabas otra cosa, estúpido?

Te arrodillas junto a ella, acercas su rostro cerúleo a tu pecho y comienzas a gritar como un niño desamparado.

Más allá del cono de luz los biobots parecían bullir con movimientos sincopados alrededor del caído Stern. Apoyé suavemente la cabeza de Ruth en mi mochila. Su rostro resplandecía por la fina escarcha depositada sobre su piel.

—¡No disparen, me entrego! ¡Mi compañera precisa asistencia!

—Levante las manos. No se resista. Serán atendidos —aseveró una voz irónicamente dulce y amistosa.

Conocía las numerosas reclamaciones por secuelas e incluso muertes por shock anafiláctico que acumulaban las fuerzas de seguridad del Sistema. En un universo de alérgicos, cualquier sustancia proteica representaba una seria amenaza que podía desencadenar una tragedia.

—Túmbese en el suelo con brazos y piernas extendidos —ordenó la voz angelical.

Mis captos fueron lanzados hacia atrás como por poderosos resortes.

—¡Ruth lleva un inyectable en el bolsillo de la manga izquierda! ¡Pónselo en el cuello!

Obedecí mientras Erik atropellaba arañas con una máquina oruga del hangar.

La cara de Ruth recobró el color y se bañó de escarcha fundida. En segundos enganchamos a Stern y a ella de la máquina y Erik me pasó un arma para despejar el camino a la nave.

Tu dosímetro vuelve inmaculado. Has sobrevivido al viaje. Ya estás en casa. Has robado lo que deseabas. Te has mezclado con gente indeseable y peligrosa y has prevalecido. Has salvado una vida y hecho una escabechina de robots. Has disfrutado. De manera inexplicable, vuelves con un subidón. Eres un héroe. Tu ego se ha desbordado y no parecen existir muros capaces de contenerle. El hombre que idolatras ha vuelto también a su hogar. Está desahuciado. Has llegado a tiempo de entregarle los trofeos de tus conquistas. Este viaje te ha transformado.

La noticia se despachó con unas breves imágenes en la sección de sucesos: “Intento de expolio en las cuevas de los mil dioses”. Se hablaba de unos atrevidos asaltantes que habían intentado acceder sin éxito a los tesoros artísticos, dándose a la fuga.

Continuaba considerando la futilidad de nuestra acción, a pesar de que no me sentía tan vivo desde hacía años. En las consumidas facciones de mi jefe también volvía a anidar la vida de nuevo. Los riesgos corridos podían no haber sido en vano, siempre y cuando le llegase el final con la promesa del éxito, no con la certeza del fracaso. A tal fin me entregué a las labores de Penélope; tejiendo un tapiz de ficticias investigaciones durante el día que destejía durante la noche.

No me resultó fácil, su inteligencia brillaba en su ocaso con el fulgor de una joven estrella azul y debía ser muy cauto con mis mentiras piadosas.

—Estoy barriendo frecuencias en el concierto de Brandemburgo. Los Sistemas Expertos han detectado unos posibles patrones muy prometedores...

—Trabajas demasiado —me amonestó con cariño—. ¿Por qué no visitas a Ruth? Parece muy agradecida por salvarla —opinó con esa voz enferma, eco lejano de la suya.

Sus palabras parecieron enredarse en la maraña de cables y tubos que entraban en su cuerpo, sumiéndome en la confusión. Que los delincuentes esgrimiesen un código de honor superior al de los ambiciosos científicos de nuestro gremio socavaba por completo mis cimientos morales.

—Seguiré trabajando. Encontraré lo que buscas —afirmé con voz entrecortada.

Sus ojos acuosos de color azul océano parecieron proyectarse desde las hundidas cuencas.

—Lo encontré hace tiempo. Cuando te descubrí.

Su mano asió la mía con inusitada fuerza, esa mano que veía caer inerte en mis sueños. Pero en lugar de caer se alzó y señaló con firmeza el estrellado cielorraso de la habitación.

Unas pisadas a mi espalda provocaron una mueca en sus marchitos labios y el mágico momento acabó; aunque nada ni nadie podrían jamás arrebatarme la insondable profundidad de su afecto.

—Profesor. No debería cansar a mi padre con temas de trabajo.

Casi podía escuchar los pensamientos de mi mentor resonando por su córtex:

“Esto no es un trabajo es mi pasión y mi vida” “La familia no se elige, los colaboradores, sí”.

Supe también que él no se enfrentaría a ella, bien por bondad, bien por alguna oscura culpabilidad paterno-filial.

Cuando su hija se inclinó sobre la cama para besarle, él extendió su huesuda mano fuera del campo visual de ella, esa mano que había descubierto cientos de fascinantes sistemas, y me despidió. Fue la última vez que le vi con vida.

Durante el velatorio y la cremación te mantienes en un discreto segundo plano. Varios miembros de su clan familiar te consideran un advenedizo o sienten infundados celos de ti, eres incapaz de discernirlo. Te miran como si te hubieses apropiado indebidamente de algo que les perteneciese en exclusiva. Tranquilo, pronto te desvincularás de esa familia para bien o mal. Te has ganado el suficiente prestigio profesional bajo su sobra benefactora como para continuar tus investigaciones en cualquier universidad u observatorio del Sistema.

Cenizas a las cenizas, polvo al polvo. Una vida plena, de pasión y conocimiento, se esfuma de manera prematura en volutas calientes hacia el cielo marciano, hacia las estrellas y galaxias que tanto amó.

Aprietas algunas manos de pescado. Te muerdes el labio para no llorar. Te tragas tu tristeza delante del mundo. El desearía verte pasar página. El querría que llamasas a Ruth.

Un elegante caballero se aproxima, dándote el pésame y presentándose con gran empaque.

—Profesor, ¿Podría acercarle a la ciudad?

Su tarjeta virtual indicaba que era abogado. Su vehículo aéreo mostraba que no debía ser de los malos.

—No comprendo muy bien a qué se dedica la fundación que representa —comenté en el interior del lujoso vehículo.

—A la búsqueda de exoplanetas habitables.

No pude reprimir una sonrisa de oreja a oreja. Ese había sido siempre el sueño de él...y también el mío.

—Ambicioso proyecto —estimé.

—Tan solo al alcance de aquellos capaces de arriesgarlo todo por él.

El abogado parecía saber demasiado. No obstante su expresión traslucía más cordialidad que amenaza.

—¿Es una oferta de empleo?

El complejo de radioastronomía no era en absoluto de los más grandes, aunque estaba estratégicamente situado en el escudo del Olympus Mons. Accedí a través del centro de visitantes acompañado de mi cicerone. Recorrimos varias estancias con reproducciones virtuales de gloriosas sondas: *Venera*, *Viking*, *MER*, *Huygens*; auténticos exploradores erosionados por las arenas del tiempo y convertidos en iconos de la curiosidad humana. Incluso el *Voyager* con su disco de cobre y oro, que yo había robado de un lugar sagrado, en medio de una orgía de daños materiales.

La sala de control resultaba acogedora en sus lacónicas líneas minimalistas. Mostraba que los patrocinadores de la fundación conocían la máxima "menos es más".

No me importaban las dimensiones del complejo ni de mi salario si me daban la posibilidad de continuar los estudios de mi maestro.

¿Qué es eso? Un holograma del disco, proyectado desde la consola central. Sientes la punzada de culpabilidad y temes que todo sea una encerrona para hacerte confesar tus delitos. El jefe de ingeniería se presenta. Con una gran sonrisa te habla de un increíble descubrimiento. Te morderías las uñas si pudieras. Legiones de segundos desfilan pesadamente ante ti mientras el hombre manipula los manejadores virtuales. La imagen de la cubierta del disco se magnifica con gran aumento. La zona del mapa de púlsares se va agrandando. ¡Qué estúpido eres! Tanto te volcaste en el contenido físico del disco, las fotos, la música y los discursos, que olvidaste la cubierta con los mensajes gráficos para una supuesta civilización alienígena. Por ironías del destino, la cultura que recibió el mensaje fue la misma que lo había enviado ¿o no?

—El oficial de la nave que recogió el *Voyager* realizó una minuciosa inspección —me informó el ingeniero—. Se encontraron arañazos microscópicos y radiación residual en el disco.

En el mapa de púlsares había unas diminutas señales demasiado rectas y perfectas ¡Unas coordenadas!

Te sientas al frente de la consola como si llevases años dirigiendo las instalaciones. Preguntas si se han localizado las coordenadas. El ingeniero y el abogado intercambian una mirada de inteligencia.

—¿Se ha realizado una lectura matricial de la zona? —te escuchas preguntar con una voz que no reconoces.

—El objeto se halla en la órbita indicada.

—¡Es imposible, eso está acercándose a la heliopausa!;Debería haber sido identificado hace tiempo!

El abogado asintió, cediendo la palabra al técnico.

—Eso se llama *Heimdall*. Algo...o alguien marcó su órbita en el mapa del *Voyager*.

El abogado no pudo contener más la emoción.

—*Heimdall* posee un exoplaneta con atmósfera y trazas de metano. Es su legado a la humanidad —aseguró, refiriéndose a mi recién desaparecido maestro—. Y usted es su albacea.

—El número solicitado requiere que usted se identifique —habló la sedosa voz sintética.

—Soy el pasajero del *Erebus*.

La imagen holográfica mostro un primer plano de una sorprendida y sonriente Ruth.

Voyager.